

## COSMOS Y APOCALIPSIS EN TEILHARD DE CHARDIN

Por Francisco García Bazán

Centenario del nacimiento de Pierre Teilhard de Chardin. Científico y sacerdote. *Mundo y Dios* y el problema recurrente sin tregua para el hombre de fe de la relación existente entre ambos polos.

Geólogo y paleontólogo por profesión, Teilhard observa el cosmos desde el cuadrante de su saber particular; pero físico a la antigua, a lo griego, redescubre el mundo como una entidad viviente *sui generis*: como un todo que nace, se desarrolla y persiste en su progreso. Desde el anterior punto de vista nuestro pensador aspira a ser un simple fenomenólogo del cosmos. Un observador privilegiado y objetivo de los hechos físicos, que posee la capacidad de descubrir en cada uno de ellos su significación, lo que su constitución íntima estructuralmente le revela: pertenencia a una totalidad universal organizada, interrelación orgánica de las partes en el todo y ley de desarrollo progresivo o movimiento teleológico immanente. El mundo de esta manera se confía como un universo de incalculable magnitud, un organismo dinámico y coherente y una totalidad intrínsecamente evolutiva. El transformismo, avizorado en la historia o desarrollo perfectivo de la vida orgánica, irrumpe en la inteligencia interpretativa del jesuita francés como cosmogénesis, como un mundo en

permanente metamorfosis evolutiva. Teniendo en cuenta sólo a nuestro planeta tierra: enfriamiento, solidificación de la corteza terrestre, aparición de la vida y de sus transformaciones (biogénesis) y surgiendo de la biosfera y rematándola, el nacimiento y desarrollo de la conciencia (neogénesis) representada por el hombre. Materia, vida y espíritu. Las tres etapas más señaladas del desenvolvimiento cósmico, con sus diferencias esenciales, pero asimismo con una total coherencia y profunda relación entre las tres esferas. Con lo dicho hasta ahora queda marcado el tránsito operado en nuestro autor desde un evolucionismo restringido admisible en las investigaciones biológicas, a un evolucionismo ampliado o cósmico, abarcador de la tierra toda y del universo, que es lo característico de su *Weltanschauung*, de su percepción del mundo en el nivel rigurosamente empírico. Meta o aspiración de conocimiento totalitario que nuestro escritor expresa sin reticencias: "comprender el universo en su totalidad, en su coherencia interna, en su sentido immanente".

Además, esta imagen o representación del mundo, emanada de una visión científica moderna de los hechos, es la que, según Teilhard, confirma en su postura a las mentes incrédulas de nuestros tiempos, las que razonablemente ninguna atención

quieran prestar a las doctrinas religiosas, puesto que el dogma religioso se muestra rebelde a las verdades científicas. Existe de hecho entre ciencia y religión una actitud esquizofrénica, un divorcio de sectores irreductibles que sólo puede dirimirse y superarse admitiendo la corrección que encierra la postura de quienes piensan que ante la imagen falsa del mundo sostenida por la religión, una concepción cerrada, mecánica y estática, la representación de la mentalidad científica que responde a la realidad de los fenómenos, para nada necesita de Dios. Otro enfoque del tema teológico de la ciudad secular o de la muerte de Dios. Aquí radica la parte de verdad del ateísmo contemporáneo. Y la cuestión quedará zanjada y los caminos del diálogo abiertos con sólo comprender que entre la realidad del mundo, como desde sí mismo se muestra, como un inmenso organismo en evolución ininterrumpida y los textos y enseñanzas del cristianismo auténtico y dúctil no hay contradicción.

Por el contrario, la experiencia directa del cosmos en su esencia dinámica confirma que en el seno de su desarrollo se encuentran implícitos los rasgos que proyectan hacia una comprensión que sobrepuja al mismo cosmos natural. El proceso interno del mundo es un curso convergente. Es una marcha evolutiva que da testimonio de un crecimiento paralelo en complejidad y conciencia. A superior diferenciación individual psicósomática corresponde una más elevada espiritualización, por consiguiente, no una disgregación de las partes, sino unidad en el todo. Y uni-

dad que tiene que ver con estados de conciencia, no con un determinismo ciego, luego unidad asumida, vale decir, sabida, deseada y decidida libremente por los individuos que la componen. En fin de cuentas, personalización en grado sumo, y no colectivización indiferenciada, sino socialización comunitaria, puesto que cada unidad consciente mantiene su particularidad y función, aunque todas y cada una orientadas por idéntico sentido de perfección, aspiran concurrentemente hacia un mismo polo, vagamente sentido en los momentos más alejados de la evolución, pero diáfano percibido en las etapas más elevadas. La totalidad adquiere de esta manera el sello de la unidad armónica y el todo conserva sus partes pero en unidad tendencial sin discordancias.

Superados los éxitos y fracasos de una sostenida carrera evolutiva, el últimamente descrito es el destino final que espera al cosmos; orden, finalmente, que no es el del superhombre de la filosofía, sino de la superhumanización, porque colaborando los hombres activamente con la misma ley de desarrollo universal en sus caras externa e interior, técnica y contemplativa, dos fases de una misma realidad, no tienen otra meta que alcanzar. El proceso en su mismo desenvolvimiento permite barruntar el fin. Cosmos físico, hombre y cultura, se combinan estrechamente en una misma historia y en su transcurso cada etapa anticipa su futuro por la calidad rítmica de su decurso. La mente científica reflejando el espectáculo de los fenómenos profanos en su genuina naturaleza, ha descubierto en-

tre sus pliegues que un destino sabio que paulatinamente se torna transparente la guía, y permite así revelar al hombre que la cosmología se sostiene en la escatología y que la teología de la historia universal o cósmica no es ajena a la fenomenología de las realidades científicas.

Observado a fondo, la meta a que conduce el razonamiento científico, si se quiere desnudamente profano, pero fiel a los hechos y a su necesaria evolución convergente, no difiere en su esquema formal del concepto de pleromatización paulino: *eis pasis panta Theós*, Dios todo en todos. Pero si se quiere tampoco de Juan 17,21: "Que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros". Y, entonces, oteando el proceso cósmico desde la cima de la plenitud noosférica, en la que por el curso normal de los acontecimientos la naturaleza física ha debilitado su presencia y el nivel espiritual ha adquirido su máxima tensión, es posible percibir que el progreso evolutivo es, en realidad, un proceso crístico, una cristificación del cosmos signada por la expectativa histórica de la Encarnación, el hecho mismo de la Encarnación y la expectativa escatológica, y de esta manera naturaleza y gracia no se excluyen, se asisten, y la segunda completa a la primera. Porque Cristo es el Alfa y la Omega de la historia, de El todo procede como Verbo creador, pero su carácter de promotor pleromático adquiere su estatura cabal como Logos encarnado, puesto que en semejante fenómeno cósmico, por única vez y excepción dentro de la historia, lo terrestre lle-

gado a su madurez a través de María, se ha unido a lo divino. Este evento es garantía para la humanidad de la orientación ascendente que persiguen el mundo y el hombre, consustanciados como Iglesia, como el cuerpo místico que se eleva hacia la cabeza que lo gobierna y remata. Por medio de Cristo, con El y en El, el universo salido de Dios a El retorna transformado por el dolor y el júbilo de su larga historia evolutiva.

Con acentos nuevos, sin duda, y por más que excesivamente complacientes con la mentalidad moderna, resuenan a través de nuestro pensador en los oídos cristianos, los ecos de arcaicas ideas y apetencias de sesgo apocalíptico. Hay en Teilhard unos deseos por acercar el contenido del mundo trascendente, por hacer exégesis de creencias profundamente arraigadas en el corazón de los cristianos, que no siempre se hacen presentes en las preocupaciones de los escritores más próximos a nosotros, aunque en el cristianismo primitivo tuvieron prominente relieve. Recuérdese el comienzo del capítulo 21 del *Apocalipsis*, referido a la Jerusalén celestial:

"Luego vi un cielo nuevo y una tierra nueva —porque el primer cielo y la primera tierra desaparecieron, y el mar no existe ya. Y vi la Ciudad Santa, la nueva Jerusalén, que bajaba del cielo, de junto a Dios, engalanada como una novia ataviada para su esposo. Y oí una fuerte voz que decía desde el trono: 'Esta es la morada de Dios con los hombres. Pondrá su morada entre ellos y ellos serán su pueblo y él, Dios-con-ellos, será su Dios. Y enjugará toda lágrima de sus ojos,

y no habrá ya muerte ni habrá llanto, ni gritos ni fatigas, porque el mundo viejo ha pasado. Entonces dijo el que está sentado en el trono: 'Mira que hago un mundo nuevo'. Y añadió: escribe: 'Estas son palabras ciertas y verdaderas. Me dijo también: 'Hecho está; yo soy el Alfa y la Omega, el Principio y el Fin; al que tenga sed, yo le daré gratuitamente del manantial del agua de la vida'".

Momento del fin, de la plenitud, que coincide ahora con el telos del cosmos sólo en apariencia de contenido profano. A esta etapa que remata el proceso evolutivo y simultáneamente manifestación total de la gloria divina, precederán sin hacer violencia al proceso, los combates escatológicos, y nuestro teólogo y profeta de la historia cósmica interpretando los indicios, los signos reveladores de los tiempos, ofrece, para terminar, el siguiente cuadro exegético:

" . . . Apretados los unos contra los otros por el aumento de su número y la multiplicación de sus relaciones, juntos entre sí por el despertar de una fuerza común y el sentimiento de una angustia común, los hombres del porvenir no formarán, en cierta manera, más que una sola conciencia. . . Cuando se acerque el fin de los tiempos, en los confines de lo Real se ejercerá una presión espiritual pavorosa, bajo el esfuerzo de las almas desesperadamente tensas en su deseo de evadirse de la tierra. Esta presión será unánime. Pero la Escritura nos enseña que al mismo tiempo se verá atravesada por un cisma profundo. Unos querrán salir de sí mismos para dominar todavía más el mundo, otros, fiados en la palabra de Cristo,

esperarán apasionadamente que el mundo muera para ser absorbidos con él en Dios. Tendrá lugar entonces, sin duda, la parusía sobre una creación llevada al paroxismo de sus aptitudes para la unión. Revelándose al cabo la acción única de asimilación y de síntesis que se proseguía desde el origen de los tiempos, el Cristo universal brotará como un rayo en el seno de las nubes del mundo lentamente consagrado. . . Agitadas por la más poderosa atracción orgánica que pueda concebirse, las mónadas se precipitarán al lugar en que la maduración total de las cosas y la implacable irreversibilidad de la historia entera del mundo las destinarán irrevocablemente, unas, materia espiritualizada, en el perfeccionamiento sin límites de una eterna comunión; otras, espíritu materializado, en las ansias conscientes de una interminable descomposición. . . De este modo se hallará constituido el complejo orgánico: Dios y mundo, el Pleroma, realidad misteriosa que no podemos decir que sea más bella que Dios solo, puesto que Dios podía prescindir del mundo, pero que tampoco podemos pensar como absolutamente accesoria, sin con ello hacer incomprensible la creación, absurda la pasión de Cristo, y falto de interés nuestro esfuerzo.

Como una marea inmensa el ser habrá dominado el temblor de los seres. En el seno de un océano tranquilizado, pero en el que cada gota tendrá conciencia de permanecer siendo ella misma, terminará la extraordinaria aventura del mundo. El sueño de toda mística habrá hallado su satisfacción plena y legítima. Erit in omnibus omnia Deus".